

forestales que hace algunos años asolaron amplias superficies de la zona. La ganadería, por efecto de la pobre vegetación y la escasez de pastos existente, no ha conseguido desarrollarse. Incluso, las propias repoblaciones han terminado acarreado una disminución sustancial de la cabaña caprina, curiosamente el único tipo de ganado que, dadas las peculiares condiciones naturales del terreno había sido siempre el más apto para su buen aprovechamiento y explotación intensiva.

En definitiva, estamos absolutamente convencidos de que si se analizaran con rigor la trayectoria histórica y la realidad socioeconómica actual de la comarca no habría demasiado lugar para las sorpresas. «Es suficiente pasar en ella un poco de tiempo para constatar —dice con razón M. Catani— que los hurdanos se sienten descontentos y defraudados con su tierra. La vegetación espontánea casi ha desaparecido y poco queda de las antiguas encinas o alcornoques. La cosa viene de antiguo y las Ordenanzas de La Alberca (1515 ó 1535) les denegaban ya el derecho de roturar y quemar... Los pinos han reemplazado, desde 1940, al monte, magro pasto degradado por las cabras y desbaratado por los carboneros». Ya a comienzos de este siglo indicaban algunos (Pérez González, *Revista Hurdes*, 1905) que otros árboles locales resultaban mucho más provechosos y útiles para una población que quería permanecer en su tierra para trabajar por ella. Pero, los hurdanos no se quejan sólo de los pocos beneficios que les reportan los pinos sino, sobre todo, de que no pueden disponer libremente de las laderas de sus montañas. Porque, desde hace muchos años no se puede roturar el monte.

Cabrereros, apicultores y agricultores, propietarios aunque sea de minifundios, los habitantes de la comarca hurdana han luchado desde siempre contra las imposiciones establecidas desde el exterior. «En este marco se constata —termina puntualizando el antropólogo— que, desde las Ordenanzas de la Alberca hasta el Plan de Desarrollo Integral, pasando por los intentos de reagrupación del Obispo Porrás Atienza o sus sucesores y siguiendo por la desamortización de Mendizábal o Madoz y el ICONA (...), los hurdanos continúan aferrándose a sus representaciones, y esas representaciones comportan una manera peculiar de considerar la cuestión de la tierra». A ella hemos dirigido brevemente nuestra mirada a lo largo de estas pocas y, tal vez, escasamente pergeñadas páginas.

JUAN GARCÍA PÉREZ

La cultura oral en Las Hurdes (Romances y Pliegos de Cordel)

INTRODUCCIÓN

Resulta curioso que don José María Gabriel y Galán, desde su retiro en Guijo de Granadilla, escribiera a Menéndez Pidal, en el año 1903, diciéndole que no podía acceder a su encargo, ya que «la gente vieja de ahora sabe poco». Y es que Menéndez Pidal había solicitado a Gabriel y Galán que le enviara copias de los romances que se recitaban y cantaban por el septentrión de las Extremaduras. Gabriel y Galán incluso matiza más y, en su contestación, dice: «... la gente no recuerda los romances con que amenizaban las veladas (los “serenos” en mi tierra) aquellos romances que cantaban “las mujeres más ancianas mientras hilaban, que ya no hilan tampoco...” (ref. en Ramón Menéndez Pidal, ‘Romancero Hispánico [hispano-portugués, americano y sefardí]’, *Teoría e Historia*, II, Madrid, Espasa-Calpe, 1953).

En el año de 1922, el escritor Santiago Pérez Argemi llega a escribir lo siguiente: «En Las Hurdes no hay leyendas, ni canciones populares y típicas. La danza, que es su única diversión, se reduce a correr y a saltar al son del tamboril y de las castañuelas» (opúsculo *Las Hurdes*, dedicado a S. M. don Alfonso XIII, Cáceres, mayo 1921).

Cinco años más tarde, en 1927, el conocido escritor francés Maurice Legendre, gran hispanista, saca a la luz el libro *Las Hurdes: étude de géographie humaine*. Sus apreciaciones sobre el folklore hurdano están

totalmente equivocadas y descaminadas: «En las Hurdes existen danzas variadas; lo que es verdad es que ellas no son originales. Se sabe que jurdanos y jurdanas son muy ágiles; su valor como danzarines es muy importante al son del tamboril».

Legendre, llevado por su obsesión y pasión albercanas, cree que todo lo de Las Hurdes tiene su origen en La Alberca, pueblo salmantino que oprimió con un inhumano yugo señorial al territorio hurdano a lo largo de seis largos siglos. No vamos a entrar aquí en la autoctonía o no de aspectos folklóricos o etnográficos, pero estamos en total desacuerdo en que Legendre busque en Las Hurdes una copia de la cultura tradicional de La Alberca. Casi con toda seguridad que las manifestaciones folklóricas tuvieron un origen común y general, que se han ido singularizando en determinados sitios debido a añadidos posteriores o a otras contaminaciones. Y se han conservado con más pujanza allí donde ha existido un mayor aislamiento geográfico o donde la personalidad de una comunidad no se ha dejado arrollar por los vaivenes e influencias de las modas de turno.

Curioso resulta el artículo que aparece en la revista *Las Hurdes*, de fecha 30 de septiembre de 1904. Dice así:

«Mañana se presentarán ante S. M. el rey don Alfonso XIII algunos míseros habitantes de Las Hurdes. Vestidos con sus mejores galas, si es que merecen tal nombre los andrajos lavados del pobre, llegan a Salamanca. Vienen los hurdanos a hacer gala de sus habilidades en el arte de Terpsícore, trayendo a Salamanca lo más típico de su comarca, una especie de baile indio admirable por su novedad extraña».

Lógicamente, que la parrafada anterior es toda una pasada. En primer lugar, los habitantes de Las Hurdes nunca fueron «miseros», sino gente humilde, sencilla, como las de cualquier otra comunidad rural asentada en áreas de montaña. Por otro lado, están de más esos sarcasmos sobre «sus mejores galas». Los hurdanos no han sido unos pordioseros y harapientos, salvo excepciones, como ocurre en todas partes. Veamos una descripción que nos hace don José María Alviñana y Albornoz en el año 1933 (Imprenta «El Financiero». Madrid, libro: *Confinado en Las Hurdes*):

«Los hombres visten de lo más currutaco: limpio bonbacho de pana, hasta la rodilla; chaleco escotado, con doble fila de anchos botones metálicos; calceta blanca, zapatón atacado con agujetas; sombrero de fieltro, con guarnaldas de rosas encendidas. Las mujeres lucen sus vistosas sayas de picote, ribeteadas de colorines; blusas de tela de colcha, vistosamente rameadas; mandiles de furiosa policromía, y, en la cabeza, el gran pañuelo ajustado, con el largo pico colgando sobre la espalda. Las mozas ostentan sus collares de bisutería reforzados con lazos y grupos de rosas prendidos en los hombros».

Cierto es que Albiñana nos describe una indumentaria propia de un día de fiesta mayor, concretamente el día de San Antonio, en Nuñomoral. La ropa de diario sería más sencilla, pero no rayana en la «misericordia humana».

En tercer lugar, eso de «baile indio» está impregnado de un carácter peyorativo, con muy poco respeto a las comunidades conocidas corrientemente como «indígenas» o «indias». Las Hurdes, desde siempre, han tenido sus momentos de recreo festivo, en los que han puesto de manifiesto su tradición folklórica. Algunas de sus danzas, son en extremo curiosas y pintorescas, lo que conlleva un gran arcaísmo y, por ello, un interesantísimo valor antropológico.

Más extraño y chocante resulta que, en un trabajo realizado en 1976 por el Seminario de Antropología de la Facultad y Letras de Salamanca, se lean cosas como las que siguen:

«Las alquerías de Las Hurdes carecen de tradición propia, es significativo el hecho de esta carencia. La ignorancia e incultura, junto con la incomunicación que han sufrido Las Hurdes, nos dice la falta de creatividad e imaginación de sus habitantes, en tiempos de completo abandono y aislamiento de estas tierras» (*Estudio de Antropología Cultural en Aldehuela. Aldea de Las Hurdes Bajas*, por Ricardo Sanmartín Macaya y Juan Porteros Gil).

Nos parece del todo incongruente que un trabajo moderno de antropología, como es el citado, pueda lanzar tal tipo de afirmaciones. Tampoco es de extrañar, pues en catorce días (desde el 8 al 22 de diciembre de 1976) y reduciéndose tan sólo al pueblo de La Aldehuela,

no se pueden articular muchas hipótesis. Pero lo que nunca puede hacer un trabajo de campo es generalizar y lanzar teorías.

Es absurdo, por tanto, que se afirme que «las alquerías de Las Hurdes carecen de tradición propia». Eso es negarle el pan y la sal a una zona que, hoy en día, se nos muestra como un reducto antropológico digno de ser abordados por serias y rigurosas investigaciones.

Cuando en el año 1983 la Cátedra-Seminario «Menéndez Pidal» de la Universidad Complutense de Madrid arriba a la comarca de Hurdes, al objeto de sondear el bagaje romancístico de estos pueblos, se lleva auténticas sorpresas. Resulta que en el país jurdano se conservaban verdaderas reliquias del romancero. Y en ese trabajo de campo de 1983 apenas si se sondearon media docena de pueblos de esta comarca. Nuestro actual trabajo, realizado en julio de 1991, y en el que se han peinado la práctica totalidad de los cuarenta núcleos habitados de la zona, nos confirma con creces el alto valor antropológico que encierran Las Hurdes.

En abril de 1986, la casa discográfica «Tecnosaga, S. A.» se lanzó a la apasionante tarea de recolectar parte del folklore hurdano. Fue el primer intento serio de recoger el folklore musical de esta comarca. No obstante, se dedicaron muy pocos días a este trabajo y se sondearon muy pocos pueblos. Fruto de la colecta realizada fueron dos cintas-cassettes que, con el nombre de «Las Hurdes: cantares y decires», salieron al mercado. Hoy en día están agotadas. Posteriormente, esta misma casa discográfica volvió, en noviembre de 1988, a realizar otra serie de grabaciones fonográficas, que permanecen inéditas.

Del mismo modo que se ha negado el derecho a que Las Hurdes tengan sus propias raíces y sus propios parámetros antropológicos, han existido personajes que han caído en las redes de la «leyenda blanca». Nos encontramos, por ejemplo, que, en el siglo XIX, la condesa de Genlis nos comenta algo así como que los habitantes de Las Hurdes, a los que denomina «batuecos», se cubrían sus cabezas con guirnaldas, danzaban suavemente a la luz de la luna, entonaban melódicos cantos y llenaban al aire de alegres notas que salían de sus «gaitas y chirimías»; y nos cuenta que aquellos montes de Las Hurdes eran la plasmación más genuina de la Arcadia, donde sus pastores vivían bucólica y plácidamente, llevando una feliz existencia.

Y no hace falta remontarnos a fechas tan pasadas, pues recientemente ha aparecido un libro que vuelve a caer en esa «leyenda blanca». Nos referimos al libro *Las Hurdes*, de José Sendín Blázquez (Editorial Everest, S. A., León 1989). Este personaje, aparte de plasmar en su libro los títulos de las canciones que dio a la luz la casa «Tecnosaga», arrogándose los como recopilaciones realizadas por él, se inventa danzas, romances y leyendas que se desconocen totalmente en Las Hurdes. Nos habla de danzas como «El Paleu rápido», el «Picau del Sombreru», «Paleo de la Jáncana»..., que no existen sino en su mente, al igual que ciertos romances y leyendas. Y esto aparte de otras muchas incongruencias que vienen en su libro, que deja mucho de desear.

Digamos, como colofón a la literatura barata y negra sobre Las Hurdes, que Luis Buñuel, en su documental «Las Hurdes, tierra sin pan», filmado en 1932, también se recreó en un malsano tremendismo. Su documental es todo un bastardo montaje sobre la realidad hurdana. Frases como «jamás oímos una sola canción en los pueblos de Las Hurdes», «no se siente ni el trino de un pájaro en estas montañas», «en Las Hurdes no hay otros cánticos que el lamento de los palúdicos»..., ponen de manifiesto su retorcido espíritu a la hora de tejer dicho documental. Y vayan todos nuestros respetos a Buñuel en otras facetas de su vida.

El bagaje folklórico hurdano experimentó cierta pujanza a raíz de constituirse el grupo «Estampas Jurdanas», el cual, debido a la falta de apoyo oficial, marcha, como vulgarmente se dice, «a trancas y barrancas». Este grupo plasma toda una serie de estampas etnográficas de Las Hurdes, donde se incluyen romances, danzas, cuadros del carnaval, costumbres de ánimas... Lleva en candelero desde 1986. Lo integran vecinos de los cinco concejos hurdanos, que han realizado diversas salidas a puntos de la comunidad autónoma extremeña y de la vecina provincia de Salamanca, así como a la de Zamora.

LA MEMORIA HISTÓRICA

A la hora de encuestar a las personas, juega un papel primordial la memoria histórica. Así vemos que los romances históricos se diluyen en

las memorias y, en cambio, las coplas de ciego o pliegos de cordel se mantienen más frescas, pues suelen narrar hechos más recientes.

Vemos, también, que hay que distinguir dos claras etapas en torno a esta memoria histórica:

Etapas anterior al fenómeno emigratorio

Esta etapa viene a ser anterior a la década de los sesenta de nuestro actual siglo. Ello no quiere decir que los hurdanos no hayan emigrado anteriormente, pues está bien constatado que varios cientos de hurdanos salieron, en los primeros años de este siglo, hacia Hispanoamérica, sobre todo a trabajar en las obras del Canal de Panamá.

No obstante, al igual que ha ocurrido en gran parte de la España rural, la gran «emigración» comenzó sobre 1960, aproximadamente.

La etapa anterior al fenómeno emigratorio se caracteriza por un predominio de la comunidad autárquica, que sigue unas pautas conductuales semejantes a siglos anteriores, con sus correspondientes pero leves evoluciones. En lo que atañe a la antropología cultural, que es lo que nos interesa ahora, la sociedad hurdana continúa con sus patrones tradicionales. La memoria colectiva se va transmitiendo de padres a hijos. Las largas noches de invierno (los «seranos»), las matanzas, las bodas, el carnaval, las reuniones de pastores... forman parte de todo un ciclo destinado a la transmisión oral. Sigue existiendo una valoración de «lo nuestro», de aquello que «ha sido transmitido por nuestros antepasados», y «a nuestros antepasados siempre hay que guardarles el debido respeto y aprender sus enseñanzas». Todo esto es imposible de entender si no se conoce el entramado social de la comunidad hurdana.

Etapas del fenómeno emigratorio

Como hemos dicho, comienza sobre los años sesenta. El hurdano, al igual que otros paisanos de comarcas aledañas, comienza a sentir la llamada de la emigración. Es una emigración impuesta, pues la socie-

dad está cambiando y se necesita un mayor poder adquisitivo para hacer frente a una serie de demandas que antes eran totalmente innecesarias.

Si puede, el hurdano emigra de forma temporera. Son muchos los que marchan a Suiza durante ocho o nueve meses; luego, el resto del año lo pasa en su pueblo. Pero también son muchos los que invierten sus ahorros en un piso en la gran ciudad y se marchan con sus hijos a vivir a Madrid, a Barcelona, al Norte... Pero su idea es no marcharse definitivamente, pues, aunque sea después de la jubilación, piensan volver a su pueblo o aldea. Por ello, cuando ahorran cierto dinero, procuran levantarse una buena casa en su lugar de origen, destinada a «ese mañana» en el que, sin lugar a dudas, volverán. Tal vez, Miguel de Unamuno comprendió el drama de los hurdanos. Así, en su libro *Andanzas y visiones españolas* (Madrid 1922), afirma: «Si en todas las partes los hombres son hijos de la tierra, en Las Hurdes la tierra es hija de los hombres. Venía a decirnos con ello que entre más sudores se echan sobre una tierra, mayor apego hay hacia ella. Efectivamente; Las Hurdes que, en tiempos, fue una zona de espesos bosques, devino, por mor de los incendios y de los intereses creados entre pastores y apicultores, en un terruño bastante áspero y erosionado. Se han tenido que aterrizar las montañas para lograr una agricultura casi de subsistencia, aunque no de total subsistencia, pues siempre han existido excedentes (aceite, miel, frutas...) que se cambiaban por trigo y legumbres en la vecina provincia de Salamanca. De todas formas, el trabajo en zonas de montaña es muy duro. Son muchas horas de sudor, cuya sal se encarna con la costra pizarrosa de la tierra; y de aquí el amor que el hurdano profesa a sus pequeños predios. Además, el hurdano ha respirado en su tierra un sentido de la libertad primitiva que era incapaz de olfatearlo en otras partes. Y el hurdano siempre ha sido propietario de algo. Hay un gran minifundio en Las Hurdes y todo el mundo posee algo. Ciñéndonos a estos conceptos, no es extraño, por tanto, que todo hurdano tenga una legítima aspiración a vivir y a morir en su tierra.

Pero, ¿qué ha ocurrido con los aspectos antropológicos a raíz de esta etapa emigratoria? Pues que el emigrante hurdano chocó con una sociedad muy diferente a la suya, la cual sobrepuso sus conceptos y filosofías encima de los patrones socioculturales de esos emigrantes. Se produce, por ello, un fenómeno de «aculturización», en el que sale ganando el engullente macrocosmos de la gran ciudad. El hurdano emi-

grante no quiere sentirse inferior y comienza a adoptar modos y modas que imperan en esa gran ciudad adonde ha emigrado. Reniega, a veces, de su origen, y, aunque no con un convencimiento total, desecha los valores y tradiciones que moldearon su vida en Las Hurdes.

La emigración trae las grandes pero antiestéticas casas familiares e introduce la tecnología (aparatos audiovisuales) en estas casas. La televisión quita muchas horas de «serano», que era el gran momento para la transmisión oral. Los radio-cassettes imponen otras músicas, muy diferentes de los ritmos encauzados por la tradición. Las matanzas y las bodas se simplifican, apagándose la ritualización que poseían anteriormente. Ya no se marcha a la siega a tierras de Extremadura y Castilla, cuando verdaderas cuadrillas de hurdanos, hermanados por su origen común, ponían de relieve su identidad de pueblo a través de sus romances y coplas, de sus «relaciones» y danzas, de sus bailes y saberes paremiológicos; ya no se emiten los sonidos de cuerno, porque apenas queda ganado cabrío y porque la gente se ha vuelto más individualista, prefiriendo cuidar de sus cuatro cabras personalmente que practicando la antigua «dúa», costumbre solidaria, en la que casi todo el pueblo participaba algunos días como pastor del rebaño comunal, convocado al son de unos curiosos toques de cuernos. Ni tampoco se practican ya los toques de campanas, ya fueran de la iglesia o de concejo. Unas se han electrificado, y otras se han sustituido por las megafonías de los coches municipales.

En resumidas cuentas, ha ido ganando terreno una sociedad de tipo hurdano, homogeneizada, basada en el consumismo individualista. La propia dinámica evolutiva genera otro tipo de sociedad, pero ya es una sociedad bastardeada, que al querer imitar unos patrones determinados llega casi a perder su identidad.

Por tanto, el campo del romancero y de las coplas, que se mantenía vivo en esta comarca, comienza a hacer aguas por muchas partes. Podríamos afirmar sin rodeos que la mayor parte de los hurdanos mayores de cuarenta años conoce algún que otro romance y alguna que otra copla. Posiblemente, ya no los recuerda íntegramente, pues el hecho de no cantarlos o recitarlos con la asiduidad de antes da lugar a que se creen lagunas en la memoria. De cuarenta años para abajo ya es más difícil encontrar a personas que atesoren un romance o una copla ínte-

gro; es que tales personas ya pertenecen a la segunda etapa, la de la emigración, cuando emerge con gran fuerza ese fenómeno de «aculturización». Naturalmente que hay excepciones. Y así nos encontramos a jóvenes menores de treinta años que tal vez sepan diversos romances. Son casos raros, propios de alguna que otra mocita que «le tira» este asunto, tiene buena voz y vive con algún familiar mayor que, de forma continua, anda echando al viento las notas de este rico cancionero.

De todas formas, más que singular es encontrarse en las fechas actuales a personas como Julian Martín Martín (recientemente fallecido), de Casares de Las Hurdes, cuyo legado romancístico era impresionante. O Ricarda Iglesias Montes, de Aceitunilla, de cincuenta y cuatro años, que es capaz de cantar en una sola sentada más de veinte romances históricos, algunos de ellos muy arcaicos, muy raros y de gran plasticidad.

La realidad actual

En el año de 1900, en la *Antología de poetas líricos castellanos* (vol. X, Madrid, Colección de Escritores Castellanos), Menéndez Pelayo nos decía lo siguiente: «Aunque la mayor y la mejor parte de los romances castellanos sólo ha llegado a nosotros por la tradición escrita (ya en los pliegos sueltos, ya en los romanceros del siglo XVI), no es poco ni insignificante lo que todavía vive en los labios del vulgo, sobre todo en algunas comarcas y grupos de población que, por su relativo aislamiento, han podido retener hasta nuestros días este caudal poético, que, al parecer, ha desaparecido casi completamente de las regiones centrales de la Península, en las provincias que por antonomasia llamamos castellanas, donde, según todo buen discurso, tuvo el romance su cuna, o alcanzó, por lo menos, su grado más alto de vitalidad y fuerza épica».

Estos párrafos de Menéndez Pelayo chocan frontalmente con la contestación que don José María Gabriel y Galán daba, en 1903, a Menéndez Pidal, y que citamos al principio de este trabajo. Seguramente que Gabriel y Galán no supo valorar en todo su alcance el romancero tradicional de la zona en donde vivía, la Tierra de Granadilla, limítrofe a esta comarca de Las Hurdes. Porque tenemos clara constancia de que en dicha zona aún perviven romances; incluso recogimos diversas versiones en la década de los ochenta.

Naturalmente que Las Hurdes, debido a su secular aislamiento geográfico —que no humano, ya que siempre se mostró como una sociedad centrada en sí misma, ha conservado, como puede haber sucedido en otras áreas con unas condiciones geográficas similares, gran parte de su cultura oral. Esta cultura oral, como hemos visto más arriba, se ha mantenido incontaminada en tanto y cuanto ha perdurado el sentido de comunidad autárquica, regida por unas coordenadas solidariamente aceptadas desde tiempos inmemoriales. Ahora, cuando se atraviesa un proceso alterado por factores exógenos, ocurren dos fenómenos aparentemente contradictorios:

1. Por un lado, la gente va adquiriendo y apreciando los valores y el *modus vivendi* de la sociedad urbana, que tiende a estandarizarlo todo.

2. Y por otro lado, debido a un auge de los nacionalismos y autonomías, Las Hurdes parecen que hacen votos por volver a recobrar su identidad, que se difuminó en esa etapa de la emigración. Ya casi nadie se avergüenza de ser «hurdano» o «jurdano». Al contrario, ahora ciertos pueblos aledaños a Las Hurdes, debido a los planes especiales inherentes a ésta comarca, se quieren montar en el carro de todo «lo hurdano».

En la medida en que estos dos factores casaran perfectamente, podría mantenerse la cultura tradicional de Las Hurdes; una cultura que todo hurdano debería valorar con plena consciencia de que es toda una reliquia y que puede vivir en consonancia dentro de un mundo tecnificado. Lo deseable sería, en lo que se refiere al mundo del romance y la copla, que se fuera trasvesando, de forma viva y fresca, a las memorias históricas de las generaciones venideras. Para evitar posibles pérdidas, queda en nuestros archivos el material fonográfico que hemos conseguido a lo largo del mes de julio de 1991. Todo este material queda abierto a futuros investigadores, que deben tener en cuenta que nuestra colecta de romances y coplas no ha cerrado las puertas a este tipo de trabajo. Quedan todavía muchas cosas por recoger. Y seguro que el que siga investigando en este campo hallará emotivas sorpresas, pues en cualquier rincón de esta abrupta comarca de las Hurdes puede quedar inédita todavía alguna auténtica joya romancística. Preciso es bucear aún más en las puras y prístinas raíces de esta zona, a fin de patentizar la importante tradición oral de una de las comarcas más enigmáticas del conjunto de los pueblos de España.

El presente trabajo de campo ha servido, en gran manera, para que muchas personas de la zona, que ignoraban o minusvaloraban los valo-

res de la cultura oral, comiencen a apreciar la injundia y dimensión de dicha cultura tradicional. Con la publicación y difusión del trabajo que hemos elaborado conseguiremos que, en lo que a Las Hurdes se refiere, la gente vuelva a releer y a memorizar sus romances y coplas, por lo que es posible que la memoria histórica siga enfilando de forma positiva los años venideros.

ROMANCES CLÁSICOS

Prácticamente, casi todo el repertorio romancístico, excepción hecha de algunos temas del llamado «Romancero Viejo» (épicos, históricos y fronterizos), se encuentra representado en esta comarca de Hurdes, aunque algunos aparezcan fragmentados.

Existen romances que han permanecido en la memoria colectiva mucho más arraigados que otros. Nos encontramos, en Las Hurdes, con una amplia difusión del romance de «La bastarda», que, como es sabido, es un precioso canto de siega. Todavía siguen los judíos sefardíes utilizando este romance como canción de bodas. Su origen se pierde en el túnel del tiempo. Posiblemente se ha conservado en esta zona dado el gran número de hurdanos que, desde hace muchísimos años, han practicado el oficio de segadores en Extremadura y Castilla. Además, su trama, semejante a la del romance de «Gerineldo», es de las que sensibilizan el alma popular, pues todo aquello que nos habla de relaciones entre personas de rangos o linajes distintos y conllevan gran carga sensual y sexual, suelen permanecer firmemente en las memorias colectivas de las comunidades naturales.

También abundan aquellos romances relacionados con el término «moro/a» como es el caso de «Moralinda», «El rey moro», etc. Y es que la voz «moro» está cargada, en esta zona, de curiosas connotaciones antropológicas, que muchas veces divergen por los campos de lo mágico y esotérico.

Nos encontramos, asimismo, con curiosas versiones de romances tan clásicos como el del «Conde Claros», conocido por tierras hurdanas como «Lisarda», «Luisarda», «Lisardilla», «Grisalda», etc. También sobresalen ciertas versiones de «Gerineldo», sobre todo una del pueblo de Acei-

tunilla, en la que el romance de «Gerineldo» va soldado al de «La boda estorbada». Por su rareza destacamos la versión de «Doña Arbola» o «La mala suegra», recogido en la aldea de Cambrón.

Otros romances bastante frecuentes por estas tierras son «La doncella guerrera», seguido, en la mayor parte de las veces, por el romance de «Don Marcos» o «Don Martín». De estos romances, como de aquel otro de «La serrana de la Vera», existen versiones cargadas de gran plasticidad. Concretamente, de este último citado tenemos una muestra en la aldea de Martilandrán, donde se acentúa claramente el carácter mítico y telúrico de «La serrana».

Versiones diferentes corren sobre el romance de «Los mozos de Monleón» o «La maldición de la madre». Algunas de estas versiones parecen entroncar con el mito «toro = poder fecundador» y «madre = receptáculo para ser fecundado»; el hijo muerto sería el enlace o canal para la transmisión de los poderes genésicos o fecundantes.

No abundan menos otros romances, como el de «La infanticida», «La novia del duque de Alba», «El caballero burlado» (que aparece contaminado con los romances de «La infantina» y «Moralinda»), «Casada en lejanas tierras», «Delgadina», «El cura traidor», «La baraja de los naipes», «Rico Franco», «El mozo arriero»; diversos romances hagiográficos, «La loba parda», etc. Hay dos romances de carácter pastoril de una belleza impresionante: «Estando con mi rebaño», que viene a ser una variante de «La gentil dama y el rústico pastor», y «En el río de Alagón», variante de «El pastor desgraciado».

Abundan menos las versiones (al menos, en la colecta que hemos realizado) de «Alba niña», «La apuesta ganada» (tenemos una bonita versión del pueblo de El Rubiaco), «La malcasada del pastor», «La muerte ocultada», «Blanca Flor y Filomena», «La Gallarda», etc.

Sobre la temática de pastoras y apariciones de la Virgen, nos encontramos con algunas muy interesantes, como «Romance del rosario» y «En una sierra de Hungría». En Nuñomoral hemos recogido «Esta noche vengo solo», que parece coincidir con el romance «El amante desdeñado», y cuyos antecedentes en cuanto a una estructura similar parecen hallarse en el tema de «La muerte del príncipe Don Juan».

Quizá el mayor hallazgo que nos ha deparado este trabajo de campo sea un romance recogido en Aceitunilla: «El día de San Juan, por cierto» y del que no hemos encontrado posibles paralelos.



Vecinos de Aceitunilla, «Cantaos de romances», en el «Carnaval jurdano» (en el centro, Gonzalo Martín Encinas; a la derecha, Eliseo Martín; al fondo, Ricarda Iglesias Montes).

Vecinos de Las Eriás en una jornada romancística (de izq. a dcha.: Marcelino Sánchez, tío Juan «el de las castañuelas» y tío Francisco El Tamborilero.



Resulta bastante curioso que a la hora de preguntar a los informantes hurdanos sobre las fuentes a través de las cuales aprendió este o aquel romance, te conteste: «lo aprendí de mi madre», o «de mi padre» (abundan más los casos de las madres que de los padres). Los propios informantes añaden muchas veces que tales romances son «de los años mil», o «de cuando yo era así (refiriéndose a su época infantil)», o de «la antigüedad antiguísima».

Normalmente, los hurdanos distinguen el romance clásico de la copla, aunque exista una tendencia a llamar a todos ellos «coplas». Así, cuando se le pregunta por el aprendizaje de las coplas de cordel, te dicen: «Las aprendimos de los ciegos».

Estamos de acuerdo con Maximiano Trapero cuando dice aquello de «en el romancero están los juglares, los trovadores, los ciegos, los iletrados, los campesinos de la montaña y el llano, el pueblo todo. Nunca en la historia de las letras un mismo género ha podido dar cabida a temas tan diversos, a estéticas tan diferenciadas, a sentires tan ajenos, a funciones tan distintas...». «El romancero español, en su conjunto, representa una visión del mundo, una «lectura» particular que un pueblo, una cultura, tiene de la cultura universal, de los mitos y creencias que identifican una civilización» (*Romancero Tradicional Canario*, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, Biblioteca Básica Canaria, 1989).

Efectivamente, en nuestro caso, en Las Hurdes ha sido el pueblo todo el que asimiló y cantó romances; fue quien desechó ciertos temas y dio lugar a que perduraran otros. A través de un proceso de selección, motivado por preferencias más acordes con sus centros de intereses, los hurdanos dotaron de «carácter tradicional» a una gavilla de romances. Y entendemos por «carácter tradicional» lo mismo que entendía Menéndez Pidal. O sea, que esa gavilla de romances han pasado a ser:

- Patrimonio común de una comunidad (en nuestro caso, de la comunidad hurdana).
- Sus variantes gozan de un carácter colectivo.
- Sobresalen por su anonimidad.
- Se produce sobre ellos una reelaboración constante a lo largo de su transmisión.

Se hace necesario, al hablar del romancero, el traer a estas páginas las palabras de Ramón García Mateos: «Los poemas tradicionales de la Edad Media que hablaban de desamores y pasiones, o los hermosísimos romances de los siglos xv y xvi no son reliquias históricas, piezas de museo para ser contempladas desde nuestra perspectiva de hombres modernos, sino que son un eslabón más de una cadena que llamamos tradición literaria y que se extiende hasta nuestro siglo xx. Y es preciso entender esta presencia como algo vivo, cambiante, que pervive y se modifica. Perviven temas y versiones, y existe, a la vez, una adaptación al interés de las gentes de cada tiempo; no es raro observar cambios en viejas canciones, romances o cuentos, adaptándose a épocas y lugares, como es habitual que nazcan nuevos textos ante hechos o acontecimientos que suscitan el interés popular o avivan la imaginación de las gentes» (*Revista de Folklore*, n. 94, Valladolid 1988, «Notas acerca de la Literatura de Tradición Oral»).

En nuestra comarca de Las Hurdes perviven antiguos romances. Se conservan estos temas con bastante fidelidad, al igual que sucede en otras zonas de marcado carácter sociocéntrico y que han estado sometidas a un aislamiento de tipo geográfico. Pero también es muy cierto que esta comarca hurdana, que nunca estuvo aislada desde el punto de vista humano, ha sentido la vitalidad y el dinamismo en su cultura oral, que ha estado expuesta a una reelaboración constante.

Los romances nos ponen de manifiesto que Las Hurdes nunca estuvieron aisladas, siempre hubo un contacto con gentes de otras zonas. Muchos se han empeñado en hablar de secular aislamiento, pero hablaban por hablar, sin haber arañado siquiera superficialmente la epidermis antropológica del país hurdano. Las gentes de Las Hurdes han cantado durante las faenas de siega en Extremadura y Castilla; allí llevaban sus cantares, y traían aprendidos otros nuevos. También marchaban a cavar viñas a la comarca salmantina de la Sierra de Francia. Del mismo modo, realizaban trabajos temporeros «en los pimientos» en la zona caceña de La Vera. Nos contaba una señora de Aceitunilla —Ricarda Iglesias— que, en cierta ocasión, regresaban de «los pimientos». Venía toda una cuadrilla de mozas de Las Hurdes Altas. Era de noche. Por el camino iban cantando algunas coplas que habían aprendido durante su estancia en los pueblos veratos, como la de «Antonio mató a su novia» y «En el pueblo de Torremenga». Al llegar a la altura del «Puente del Milla-

eru», antes de entrar en Nuñomoral, unos vecinos de Las Hurdes, que venían de buscar vino en la Sierra de Francia, las pararon y les dijeron que les cantaran aquellas coplas, que nunca las habían oído. Pero las mozas dijeron que ya era muy tarde y tenían que ir andando hasta sus respectivos pueblos...

Esta pequeña anécdota nos pone de relieve las relaciones humanas entre Hurdes y otras comarcas, relaciones que se extendían hasta el campo del cancionero tradicional. También nos han contado muchas veces que los tamborileros hurdanos contactaban con los tamborileros salmantinos el día de la Virgen de la Peña de Francia (8 de septiembre). Allí, junto a las hogueras que se hacían durante la víspera, al pie del santuario, a más de 1.700 metros de altitud, aquellos tamborileros intercambiaban viejas coplas y romances y diferentes toques de gaita y tamboril. Actualmente pasa lo mismo con motivo del «Día de Extremadura», que también se celebra el día 8 de septiembre, en Trujillo. Acuden a esta ciudad los tamborileros de Las Hurdes encuadrados en el grupo «Estampas Hurdanas». Allí entran en contacto con otros tamborileros procedentes de otras zonas cacereñas, como las de Montehermoso, Sierra de Gata, Tierra de Granadilla, etc. Hay un cambio de impresiones y un intercambio musical. Naturalmente que la celebración, a partir de 1987, del «Día de Extremadura» ha restado colorido folklórico a la festividad de la Virgen de la Peña de Francia, idolatrada por los hurdanos y cuyo santuario se levanta en la raya de Las Hurdes con Salamanca. Pero por mucha devoción que se tenga a la Virgen de la Peña, los tamborileros, danzarines y «carantoñas» de Las Hurdes prefieren ir a Trujillo, al «Día de Extremadura», pues aquí reciben una buena soldada, y el ir a la Peña de Francia tan sólo genera gastos.

El servicio militar ha supuesto, también, un hito en la vida del hurdano. De «la mili» ha traído tonadas nuevas, romances de nuevo cuño, las curiosas «cartas de un militar a su novia», todo un cancionero que nos habla de las campañas coloniales en África, Cuba y Filipinas, así como un amplio repertorio sobre las diferentes guerras civiles. Actualmente, la estancia en el servicio militar aporta poca riqueza etnomusical, ya que las tendencias homogeneizadoras del momento dan lugar a que se impongan una serie de ritmos «modernos», con frecuencia pertenecientes a grupos y culturas muy distintos y distantes no sólo de lo que puede ser la cultura tradicional hurdana, sino de la generalidad de

la cultura hispana. Es la típica música enlatada, exportada a muchos miles de kilómetros, que se estandariza y homogeniza, perdiendo, a nuestro modo de ver, su frescura y singularidad.

Ahora, el mozo que viene de «la mili» ya no es actor directo de sus propias vivencias etnomusicales. Simplemente es oyente pasivo. Ya no sale de ronda ni canta los viejos y nuevos romances, ni las canciones que antes se aprendían en el servicio militar (están en trance de desaparecer). Tan sólo se limita a colocarse unos auriculares y escuchar los ritmos «de moda» que atiborran el mercado del disco. Posiblemente, esto sea un «sarampión» pasajero, pues las comunidades con mayor identidad de pueblo, que suelen ser las más avanzadas culturalmente, saben apreciar y vivenciar sus valores, sin descartar, por supuesto, las ráfagas de los modernos vientos.

Pero pensamos que, en lo que atañe a nuestra zona, que, día tras día, va afianzando más su identidad y recobrando ese pulso del que adoleció en las etapas migratorias, volverá, de nuevo, a vibrar su cancionero tradicional, su rico y variado acervo romancístico. Por ello, nos parece que aquellos tristes augurios que ya lanzaba José María Gabriel y Galán (y mejor que augurios, habría que hablar de lamentos, de hechos irremediables) en su poema «Los Pastores de mi abuelo», no llegarán a ensombrecer la cultura oral, el mundo del romancero de Las Hurdes:

*«Se acabaron para siempre los selváticos juglares
que alegraban las majadas con historias y cantares
y romances peregrinos de muchísimo sabor.
Para siempre se acabaron los ingenuos narradores
de las trágicas leyendas de fantásticos amores
y contiendas fabulosas de los hombres del honor.*

*¡Ya se han ido, ya se han ido! Los que habitan sus majadas,
ya no riman, ya no cantan villancicos y tonadas
y fantásticas leyendas que encantaban mi niñez.
Han perdido los vigos y las vírgenes frescuras
de los cuerpos y las almas que bebieron aguas puras
de veneros naturales de exquisita limpidez.*

*¡Ya no riman, ya no cantan! Ya no piden al viajero
que les cuente la leyenda del gentil aventurero,
la princesa encarcelada y el enano encantador.*

*Ya no piden aquel cuento de la azada y el tesoro,
ni la historia fabulosa de la guerra con el moro,
ni el romance tierno y bello de la Virgen y el pastor...».*

(José María Gabriel y Galán, *Obras Completas*,
Editorial Porrúa, S. A., México 1981)

Estas lamentaciones del poeta que cantó, en más de una ocasión, la comarca de Las Hurdes, eran al modo de añoranzas de su infancia, que transcurrió en el último tercio del pasado siglo, ya que Gabriel y Galán nació en 1870. Pero a tenor de la cultura oral que aún hoy está viva en estos pueblos, tenemos que decir que el vate castellano-extremeño dramatizó y llenó de tintes de tragedia los versos que más arriba hemos citado. Todo es un problema de cultura. A medida que las nuevas generaciones vengán con pujante fuerza cultural, sabrán buscar y salvaguardar sus raíces, porque quien más y quien menos (siempre que tenga inquietudes culturales) quiere conocer y dignificar su identidad como pueblo. Y seguro que volverán a patentizarse aquellos otros versos que, paradójicamente, cantaba el mismísimo Galán:

*«Naturales armonías,
populares canturías
cuyo acento musical
no es engendro artificioso,
sino aliento vigoroso
de la vida natural.*

*Vuestras notas, vuestros ruidos,
vuestros ecos repetidos
en retornado hablador,
son mis goces más risueños,
son el arte de mis sueños,
¡son mi música mejor!*

*Rumores que en la alquería
revientan con la alegría
del dorado amanecer,
que despierta sonriendo
las que estuvieron durmiendo
fuerzas vitales de ayer,*

*brava música sincera
de la ronda callejera
de los mozos del lugar,
que con guitarras sonoras
y bandurrias trinadoras
acompañan su cantar;*

*tonadilla peregrina
que modula en la colina
la gaitilla del zagal,
la que vierte blancas notas
que de miel parecen gotas
desprendidas del panal;*

*pintoresca algarabía
de la alegre pastoría
derramada en la heredad,
trajinar de los lugares,
tonadillas populares,
tamboril de Navidad;*

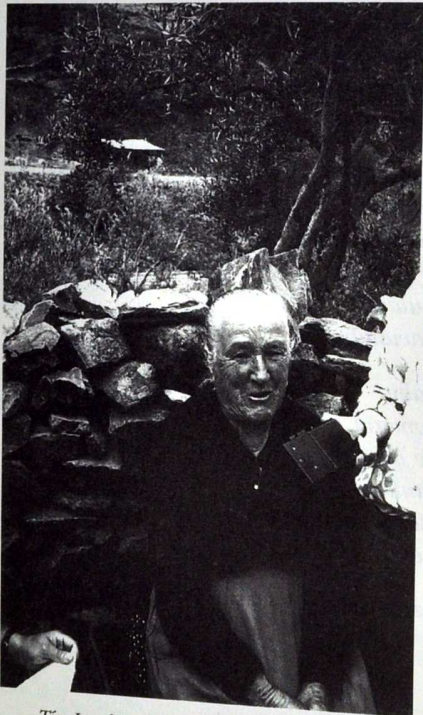
*popular algarabía
de la alegre romería
que ya el valle va a dejar
con jijeos y cantares
que en cañadas y encinares
se repite sin cesar...*

(José María Gabriel y Galán, Poema «Mi música»).

LOS PLIEGOS DE CORDEL O COPLAS DE CIEGO

Es curiosa una parrafada que nos suelta el marqués de Santillana en su *Proemio*: «...aquellos que sin ningún orden, regla ni cuento, facen estos romances e cantares de que las gentes de baxa e servil condición se alegran Naturalmente que el marqués de Santillana, perteneciente a la «selecta aristocracia» de aquellos tiempos, ironiza y menosprecia los romances que el pueblo llano, a través de sus jugla-

res y trovadores, componía sobre hechos llamativos y trascendentes que ocurrían en aquellos años o que habían dejado cierto poso en la pasada historia. Pero pese a algunos aristócratas de aquel entonces, estos romances rompieron las puertas de palacios y castillos, y la misma nobleza gustó de oírlos cantar y recitar. Y..., ¿cómo no gustarles cuando en muchos de ellos se narraban hazañas épicas ejecutadas por sus antepasados?



Tía Josefa, de la Aldehuela, cantando un viejo Pliego de Cordel.

sin lugar a dudas que los pliegos de cordel o colas de ciego son una continuación de los romances clásicos. O lo que es lo mismo: los ciegos han sido la versión moderna de los antiguos juglares y trovadores. Tanto unos como otros eran casi siempre miembros del pueblo llano, que ponían en solfa temas populares, a veces creados por ellos mismos, aunque no hay que descartar que también cantaran y recitaran temas cultos; incluso en ciertos pliegos nos encontramos una mezcla de «lo culto», lo «semiculto» y lo «popular». Y al igual que pasa con los romances clásicos, aunque la generalidad es que los versos sean octosílabos, muchas veces se rompe el esquema estrófico y los versos tienen otras medidas. Una diferencia bastante corriente entre el romancero clásico y los pliegos de cordel estriba en que los romances suelen componerse de largas estrofas asonantadas, mientras que los pliegos de cordel constan, generalmente, de cuartetos de rima asonante.

Se sabe por los estudiosos de estos temas que las coplas de ciego o «romancero vulgar» alcanzan su punto álgido en el siglo XIX y el pri-

mer tercio de nuestro siglo actual. El denominárseles también como «pliegos de cordel» fue debido a que estos pliegos, en donde figuraban las coplas, se exponían normalmente ante los ojos de los posibles compradores, y estaban sujetos a un cordel por medio de unas pinzas.

Tenemos que destacar, asimismo, que bastantes coplas de ciego se basan en romances clásicos, pero actualizados; es decir, narrando hechos acaecidos en tiempos más modernos. Valgan, como ejemplos, la copla de «La Hermelinda», recogida en el pueblo hurdano de Las Erías, cuyos antecedentes habría que buscarlos en el romance de «Delgadina». O la copla de «El asistente del capitán», grabada en Aceitunilla, que nos recuerda el romance de «La doncella guerrera».

Al parecer, los ciegos obtuvieron, ya en el siglo XVIII, el privilegio de recitar, cantar y vender los pliegos, lo que no quiere decir que esta literatura de cordel no se remontara a tiempos anteriores. Es curioso que el pícaro Guzmán de Alfarache nos diga, en 1559, que «halléme unas coplas viejas, que a medio tono, como las iba leyendo las iba cantando» (Mateo Alemán, *Vida y hechos del pícaro Guzmán de Alfarache*, Edición de Amberes: Viuda de H. Verdussen, 1736).

Obsérvese que Guzmán de Alfarache afirma: «... las iba cantando». Y es que, sin lugar a dudas, el hecho de que tanto los romances como los pliegos de cordel tuviesen sus correspondientes melodías ha dado lugar a una mayor memorización por parte del pueblo.

Algunos han considerado a esta literatura de cordel como la precursora del periodismo moderno. Vemos cómo muchos de estos romances de ciegos encuentran su fuente de inspiración en las actas de diversos juicios; de aquí que tales romances sean muy detallistas, indicándose nombres y apellidos de los personajes, fechas concretas, localidades y provincias, etc. Lo que ha ocurrido, posteriormente, es que la transmisión oral ha desvirtuado o trastocado ciertos topónimos o gentilicios que aparecen en las coplas. En nuestra colecta, nos hemos encontrado con coplas que comienzan así: «En la provincia de Cáceres / en un pueblo que llaman Loro...», o «En la provincia de Cáceres / en el pueblo La Tarjeta». Y resulta que no existe en la mencionada provincia ninguna localidad que lleve tales nombres. Este mismo fenómeno ocurre en los romances clásicos.

José Gutiérrez Solana nos refiere lo siguiente sobre la actividad de los copleros: «En España se explota mucho el "romance callejero": no hay pueblo ni aldea que en día de romería no se canten las coplas de un crimen, las hazañas de un bandido, la vida y muerte de un torero y hasta las calamidades públicas, las inundaciones, el hambre, guerras, terremotos y pestes. «El romancero» empieza por invocar a los ciegos o a un Cristo milagroso para que les sea testigo y les dé fuerza en esta empresa de relatar lo ocurrido. El estandarte en que aparecen pintadas estas escenas se encarga de completar la ilusión».

Bien es cierto que la mayoría de coplas de ciego narran sucesos truculentos, pero no en modo absoluto. Incluso hay coplas de este tipo que entran dentro del campo del romancero histórico, al narrar hechos de cierta relevancia en la historia de España o de otras naciones; hechos que pueden ser bastante recientes, como los relacionados con nuestra última guerra civil. Por ello, nosotros hemos incluido este tipo de composiciones dentro del apartado «Romances», aunque aparezcan impresos en los pliegos de cordel, que les diferencia del «romance clásico», cuya transmisión se realizó casi siempre por la vía oral.

Aunque han existido ciertos detractores de este tipo de coplas, llevados por un absurdo esteticismo o porque han pensado que tales coplas atentaban a la «tradición oral pura», nosotros pensamos que los romances de ciego forman parte de una auténtica literatura popular, que han sido asumidos por el pueblo y que han contribuido a hacer historia, patentizando hechos que, de no ser por los ciegos, se hubiesen perdido para siempre.

En lo que se refiere a la comarca de Las Hurdes, en donde hemos realizado nuestro trabajo de campo, tenemos que decir que existe toda una superabundancia de esta literatura de cordel. La mayoría de las personas encuestadas coinciden en afirmar que «tales coplas se las oyeron a los ciegos que venían por estos pueblos». Y a veces no eran tan sólo ciegos, sino personas lisiadas que vivían de la limosna pública y vendían sus correspondientes pliegos. Aún quedan vecinos en esta comarca que guardan en sus armarios numerosos pliegos de los que llevaban los ciegos.

Es muy sintomático el hecho de que los ciegos se acercaran hasta estos pueblos de Las Hurdes, cuya leyenda negra siempre los presentó

como pueblos indigentes y miserables. Pero los ciegos repetían sus viajes, lo cual implica que eso de «la antigua miseria» de Las Hurdes ha sido todo un montaje interesado, un verdadero camelo. Si los hurdanos compraban coplas y daban limosnas a los «pobres de por Dios», quiere decir que las condiciones de vida en Hurdes no eran tan deplorables como nos las han pintado. Sociológicamente hablando, el hurdano no se ha sentido «pobre», sino que ha considerado «pobre» al indigente que venía pidiendo limosna o vendiendo coplas, a los cuales nunca les negó una dádiva, aunque fuera un simple trozo de tocino y una «pintita» de vino ¹.

Las Hurdes eran recorridas por ciegos y lisiados no sólo de fuera de la comarca, sino por los que también eran nativos de la zona. Todavía se recuerdan a algunos de esos personajes, entre los cuales hubo quien destacó por su singularidad y pintoresquismo.

Mención aparte merecen los pedigüeños hurdanos, conocidos como «pidiórih». Se ha creado mucha literatura negra en torno a estos tipos, que podíamos considerar como «pedigüeños de oficio». Lógicamente, fueron una minoría. Prácticamente llegaron a convertirse en una casta dentro de la sociedad hurdana. Se valieron de la picaresca y de mil y un trucos para sacarles las monedas a los vecinos del contorno, de un contorno que a veces se extendía hasta muchos kilómetros fuera de las Hurdes. Llegaban a marcharse por largas temporadas, viviendo, como vulgarmente se suele decir, «del cuento». Esta mendicidad daba lugar a tener «múchuh cuántuh jórruh» (a ahorrar mucho dinero). Se dio el caso que algunos de estos pedigüeños llegaron a convertirse, con el tiempo, en prestamistas en su zona, practicando una usura sin límites.

Esta casta de pedigüeños, que, como hemos dicho más arriba, fue una menguada minoría, limosneaba a la vez que cantaba por calles, plazuelas y puertas de las casas, una serie de coplas de marcado cariz tremendista. De cuando en cuando, su canto se paraba y proferían dramáticas exclamaciones, pintándose a sí mismos unas terribles y calamitosas situaciones. Todo ello —coplas y lamentos— creaba el clima propicio

¹ El hurdano puede mostrarse, a veces, ante el forastero como un «pobrecito muerto de hambre». Pero todo es una táctica estudiada, para sacar la mejor tajada, lo que más le convenga a sus intereses. Pero entre la colectividad hurdana la dicotomía «rico-pobre» apenas si existe, ya que todo el mundo es propietario.

para suscitar la compasión de las gentes, que acababan depositando unas monedas en el cuenco de la mano o en el platillo desportillado de «aquel pobre jurdano».

Resulta tremendamente curioso que ciertos sucesos trágicos acaecidos en esta comarca de Las Hurdes no permanezcan con gran fiabilidad en la memoria colectiva de la zona. Nos encontramos, por ejemplo, con el crimen sucedido en el pago de «La Sierpe», cerca de la aldea de Martilandrán. O con aquel otro caso de la niña asesinada al sitio del «Pico de la Corderina», en Cambroncino, por uno de esos siniestros personajes conocidos como «sacamantecas», «tíos del saco», «tíos del sebo» o «tíos del unto» (esta es la acepción más corriente en el territorio hurdano). Las respuestas de los encuestadores son tremendamente significativas: «esa copla no hay que cantarla porque puede traerle recuerdos malos a los familiares»; «ese cantar no lo digo porque aún vive gente que tuvo que ver con el caso»; «de esas cosas es mejor no hablar, porque después pueden decir que los jurdanos que si esto, que si lo otro». Existe, pues, un freno psicológico o un convenido pacto (aunque sea de forma subconsciente) para no soltar prenda sobre coplas muy determinadas. Lo cual no quita que, con un adecuado clima de complicidad, se logre que ciertas personas puedan narrar tales hechos. Pero el asunto es intrincado y difícil.

No ocurre esto cuando se trata de coplas que narran otro tipo de historias ocurridas en la comarca, bien de tipo jocoso o costumbrista, como pueden ser aquéllas de «El tío Bernardo» o «El alcalde de La Fragosa», recogidas en La Saucedá. Incluso cuando se trata de sucesos más negros, en los que intervienen personajes de Las Hurdes, pero que han sucedido fuera de la comarca, entonces también proceden a recitarlos o cantarlos, como acontece con la copla de «La Elvira», recogida en La Huetre; la «Copla de La Zarza», recopilada en El Cerezal; o la de «Lorenzo», grabada en Casares de Las Hurdes.

Al igual que en otras partes, los pliegos de cordel desaparecen cuando los ciegos comienzan a ser protegidos por la Administración, teniendo sobre ellos determinadas prestaciones sociales. La gran decadencia de las coplas de ciego ocurre, aproximadamente, en la década de los cincuenta, aunque todavía se distribuyen algunas en los primeros años de los sesenta de nuestro siglo actual.

Decíamos en párrafos anteriores que la cultura tradicional pasa por delicados momentos debido a corrientes foráneas que imponen otros modos de vida. Pero no podemos decir, de un modo absoluto y concluyente, que la cultura tradicional esté ya en los últimos estertores de su agonía.

Ramón García Mateos nos dice lo siguiente: «Es necesario entender la presencia constante, y esencialmente mutable, de la literatura tradicional a lo largo de nuestra historia literaria...». «Y es preciso entender esta presencia como algo vivo, cambiante, que pervive y se modifica. Perviven temas y versiones y existe, a la vez, una adaptación al interés de las gentes de cada tiempo; no es raro observar cambios en viejas canciones, romances o cuentos, adaptándose a épocas y lugares, como es habitual que nazcan nuevos textos ante hechos o acontecimientos que suscitan el interés popular o avivan la imaginación de las gentes» ('Notas acerca de la literatura de tradición oral', *Revista de Folklore*, n. 94, 1988, Valladolid).

Estas palabras son, en todo grado, muy razonables. En nuestra comarca de Las Hurdes nos hemos cerciorado de que existen en muchos pueblos personas que siguen creando «sus coplas». Ya no se trata de temas de claro sabor medieval, al estilo de los romances clásicos; o de truculentos sucesos, cual es la pauta que siguen la mayor parte de las coplas de ciego. Ahora se «romancean» temas de actualidad, que afectan a toda una colectividad o que sensibilizan de alguna manera el alma del que los crea.

Nos encontramos, como muestra, a Juan Miguel Domínguez Domínguez, de la aldea de Martilandrán, que nos canta unas coplas que ha compuesto sobre la piscina que han construido en el cercano pueblo de La Fragosa; o sobre su estancia, como obrero, en las zonas fabriles del norte de España. O el caso de Julio Sendín, de Vegas; Gregorio Martín, de Nuñomoral; Pedro Alejandrino, del mismo pueblo; Socorro Encinas, de Aceitunilla; Feliciano Azabal, de Pinofranqueado; Estanislao Martín, de Casares de las Hurdes; Venancio Bonifacio, de El Cerezal..., todos ellos compositores de coplas sobre acontecimientos recientes. También fueron bastante famosos en esta comarca «Tío Alberto Azabal», de Pinofranqueado; «Tío Facundo Cestero», de Nuñomoral, y «Tío Anastasio Marcos —Tío Picho—», de Las Mestas, que ya han fallecido, y de

quienes se recuerdan con añoranza sus «cóplah tan bien tiráh y tan bien sacáh de la suh cabézah».

Estas personas citadas como actuales compositores de coplas tienen ya más de cincuenta años. No obstante, debido a esa pujanza por recobrar una identidad hurdana que casi se perdió en la etapa emigratoria, están surgiendo toda una gavilla de jóvenes que plasman la diversa temática de Las Hurdes en sus correspondientes pliegos, abundando aquellas composiciones de carácter reivindicativo. De vez en cuando, estas composiciones aparecen publicadas en algunas revistillas que se editan en la zona.

No podemos por menos que dedicar, en estas páginas, un sentido recuerdo para Eusebio Martín Domínguez —«Tío Eusebio»—, de la aldea de El Gasco fallecido hace escasos años. Fue todo un archivo ambulante de la cultura oral de Las Hurdes y otro genial creador de curiosas y líricas composiciones.

Naturalmente que la creatividad, hoy, en Las Hurdes, no responde al hecho sociológico de «inventar y escribir algo para vivir de ello». Antes de la década de los cincuenta, la mayoría de las composiciones surgían de auténticas necesidades humanas. Fiel reflejo de ello es la cantinela romanceada que ciegos y lisiados de Las Hurdes lanzaban al aire antes de comenzar el viejo romance o la truculenta copla:

*«Debajo de una alameda
está la Virgen María,
dándole el pechito al Niño,
y el Niño no lo quería.
—¿De qué lloras, hijo mío?
¿De qué lloras, alma mía?
—Lloro por los pecadores
que se mueren todos los días,
que el infierno ya está lleno
y la gloria está vacía.
—Aquí termina la historia,
aquí termina el romance,
deme un cachito tocino
para untarme el gaznate,
deme un poquito de vino
para que alegre él mi cante.
Amén, Jesús.»*

Está clarísimo el adagio popular que afirma que «el hambre agudiza el ingenio». Por ello, los ciegos tenían que ingeniárselas para que sus coplas y romances llegasen al pueblo, para que el pueblo se viera reflejado en ellas... Luego, este pueblo, como ya hemos visto, asumió y seleccionó aquellas coplas y romances que «hicieron diana» en sus centros de intereses.

Hoy en día, «hace coplas» aquel hurdano que tiene facilidad versificadora. El proceso de asunción y selección por parte de sus oyentes y lectores es el mismo que el de antaño. Personalmente, hemos comprobado un hecho que patentiza lo que decimos. En nuestro periódico comarcal *Brezo y Pizarra* hemos publicado diferentes composiciones, realizadas por personas del momento, que respondían a temática varia. Tan sólo algunas de ellas han sido memorizadas por parte de la colectividad hurdana, ya que las hemos oído recitar con cierta asiduidad.

El caso es que hoy la creatividad sigue vigente, pero respondiendo más a motivos espirituales que a materiales. Naturalmente que para «sacar coplas», tanto antes como ahora, hay que estar dotado de cierta sensibilidad y de facultades memorísticas y versificadoras. Se puede dar el caso de personas analfabetas que construyen coplas; pero son personas de gran inteligencia innata, de memoria prodigiosa, capaces de retener en sus mentes las estrofas que van articulando sin necesidad de lápiz ni papel.

De todas formas, el paso de una sociedad mágico-religiosa a otra cargada de muchas connotaciones laicistas influye muchísimo en las motivaciones para crear tal o cual copla, tal o cual relación. Por ejemplo, hace unos años, las cuestaciones del ciclo invernal (San Blas, Carnavales...) tenían todo un sentido integral, ya que se sancionaban las conductas de la comunidad; por lo que las coplas y relaciones que acompañan a tales cuestaciones, que variaban cada año en su letra, también tenían su razón de ser. Lo mismo podemos decir de las llamdas «relaciones», retahílas romanceadas que se inventaban y se recitaban después de la procesión del «Ramo», y que narraban enfermedades y hechos trágicos, y cómo se salió bien de ellos gracias a la intercesión del Cristo, santo o virgen a los que se dedica esa «relación».

Pero ya la gente se imbuje de un sentido laicista de la vida y pierden pulso las fuerzas mágico-religiosas, y con ellas, sus pinceladas

etnográficas. Tenemos que traer aquí a colación el tremendo daño que ha hecho la Iglesia como institución a la cultura tradicional de muchas comunidades. En numerosas ocasiones, los curas han anatematizado diversas prácticas populares, muy arraigadas en el sentir de las gentes. Quisieron abolir «relaciones», ensalmos, extrañas oraciones, retahílas rituales... y sustituirlas por canciones e himnos religiosos que ellos se encargaban de ensayar. Pero ha ocurrido las más de las veces que el pueblo no asumía esos cantos «culteranos», pues les eran extraños, a excepción de las cuatro beatas del pueblo. El resultado ha sido el cargarse parte de la tradición popular, so pretexto de «prácticas supersticiosas», aunque en algunos casos la Iglesia no ha podido borrar la «huella pagana» y no le ha quedado más remedio que «tragarse» con la tradición, pero —eso sí— «echándole unas gotas de agua bendita». Paradójicamente, la Iglesia ha potenciado la vertiente laicista, ya que su celo apostólico, que se asienta sobre pilastras religiosas, no tuvo en cuenta, muchas veces, los profundos cimientos de la cultura popular.

Otra faceta de la creatividad de hoy en día, como lo fue en tiempos pasados, es la de los «improvisadores».

Estos personajes vienen a ser unos versificadores del momento. Son al modo de «rapsodas», los cuales aprovechan determinadas coyunturas o acontecimientos para improvisar unas retahílas de versos que vienen a cuento con lo que se conmemora o se festeja. Estas coplas remaneadas, a no ser que se repitan con frecuencia, sólo sirven para determinados eventos, olvidándose posteriormente.

FÉLIX BARROSO GUTIÉRREZ

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- Barroso Gutiérrez, Félix, 'Por las montañas de Las Hurdes: cantares y decires', *Revista de Folklore*, n. 124, Valladolid 1991.
- , 'Apuntes folklóricos de Las Jurdes', *Revista de Estudios Extremeños*, n. I, tomo XLVI, Badajoz 1990.
- , Guía curiosa y ecológica de Las Hurdes, Ediciones «Acción Divulgativa, S. L.», Madrid 1991.
- , *Las Hurdes: visión interior*, Diputación de Salamanca (Centro de Cultura Tradicional), Salamanca 1993.
- Catani, Maurize, *La invención de Las Hurdes: una sociedad centrada en sí misma*, Editora Regional de Extremadura (Cuadernos I y II), Badajoz 1989.
- Iglesias Expósito, Anselmo, *Yo, expósito en Las Hurdes*, Institución Cultural «El Bronicense», Diputación Provincial de Cáceres, 1983.
- Legendre, Maurize, *Las Jurdes, étude de Géographie Humaine*, París-Bordeaux, Bibliothéque des Hautes Hispaniques, 1927.
- Las Hurdes*, Revista mensual publicada en Plasencia, 1904-1908.

FRAGMENTOS DEL ROMANCERO HURDANO

CONDE OLINOS

Conde Olinos, conde Olinos / es niño y pasó la mar.
Levantose conde Olinos / mañanita de San Juan
a dar agua al su caballo / a las orillas del mar.
Mientras el caballo bebe / canta un hermoso cantar.
—Bebe, debe el mi caballo / Dios te me libre del mal,
de los vientos rigurosos / y de las olas del mar.
Bien lo oyó la reina mora / que en altas torres está.
—Escuchad, mis hijas todas / las que dormid, despertad,
y bien que oiréis la sirena / sirenita de la mar.
Respondió la más pequeña / —Más le valiera callar,
que ésa no es la voz de la sirena / que ella tiene otro cantar.
Es la voz del conde Olinos / que a mis montes va a cazar.
—¡Mis morillos, mis morillos / los que coméis el mi pan,
a buscar al conde Olinos / que a mis montes va a cazar;
el que me lo traiga vivo / un reinado le he de dar;
el que me lo traiga muerto / con la infanta ha de casar;
el que traiga si cabeza / de oro se la he de pesar...

(Romance recogido en la aldea de Las Mestas.
Cantado por varios miembros de la familia
«Los Pichos». Diciembre 1993).

LA BASTARDA

El emperador de Roma / tiene una hija bastarda,
que la quiere meter monja / y ella quiere ser casada.
La ha metido en un convento / pa tenerla resguardada,
y el resguardo que ha tenido / que ha salido embarazada.
Con los calores que hacía / se ha asomado a la ventana.
Vio venir tres segadores / por las tierras de Granada.
El más pequeño de todos / por la hoz se ferenciaba.
Gasta manija de oro / empuñadero de plata,
chaleco de terciopelo / sombrero de fina lana.
Y lo ha mandado llamar / con la criada de casa.
—¿Qué me quiere la señora? / ¿Qué me quiere que me llama?

—Te quiero, buen segador / que siegues la mi senara.
—Diga, diga la señora / ¿pa qué parte está sembrada?
—No está pa parte de umbría / ni tampoco de solana,
que está rodillas arriba / embajo las mis enaguas...

(Romance cantado por Gregorio Martín
Domínguez, de Nuñomoral).

EL DÍA DE SAN JUAN, POR CIERTO

El día de San Juan, por cierto / ocurrió una gran desgracia,
que una niña de quince años / en la ribera fue ahogada.
Un señor que estaba enfrente / que don Pedro se llamaba
no socorrió a aquella niña / que en la ribera fue ahogada.
Por no quitarse las medias / por no quitarse las galas
no socorrió a aquella niña / que en la ribera fue ahogada.
Al punto llegó su madre / la querida de su alma,
con un caballito blanco / que por los aires volaba.
—¡Hija del mi corazón / hija de las mis entrañas,
¿Quién te fundaría a ti / para tanta desgracia...

LA PASTORA REQUERIDA DE AMORES

Estando con mi rebaño / se acercó a mí un señorito,
luciendo miles de alhajas / estas palabras me dijo:
—Dagalita de mi vida / de amor me muero por ti,
si no estás enamorada / enamórate de mí.
Yo le dije al señorito / que no estaba enamorada,
pero que el mi cuerpecito / para él no se criaba.
—Ay, dagala, dagala / dagalita, dagala,
que en el monte sola / andas descuidada.
A mí no me importa / que gastes albarcas.
—Con albarcas siempre he ido / con albarcas siempre he andado,
con albarcas siempre he ido / para guardar mi ganado.
—Serás apreciada por dama / y querida de mis padres,
y aunque seas pastorcita / no lo ha de saber nadie...

(Los dos últimos fragmentos fueron
cantados por Ricarda Iglesias Montes,
de la aldea de Aceitunilla).

LA MUERTE DE FRANCISCO

—Madre, Francisco no viene / madre, Francisco ya tarda;
esta semana no vino / ni tampoco la pasada.

—Calla, Teresita, calla / no te pongas disgustada,
porque es tiempo de cosecha / y anda la gente ocupada.
Teresa ya no reía / Teresa ya no cantaba;
se metía en su habitación / donde cosía y bordaba.

Con los calores que hacía / se ha asomado a una ventana,
y vio venir a un vaquero / no corría, que volaba.

—Noticias traigo, Teresa / para ti son muy pesadas,
que tu querido Francisco / malito queda en la cama.
Y si lo quieres ver vivo / presentaté a la alborada,
y si lo quieres ver muerto / aguardate a la mañana...

(Cantó María Sánchez, de 77 años,
de la aldea de La Muela).

LOS MOZOS DE MONLEÓN

Los mozos de Monleón / son pocos y fanfarrones,
que se han ido a por un toro / a la dehesa de Terrones.

El hijo de la viuda / no encuentra traje de gala.

—A la corrida he de ir / aunque la busque prestada.

—Si quisiera Dios del cielo / y la Virgen del Rosario,

que si a la corrida vas / que te traigan en un carro.

Suben las navas arriba / bajan las navas abajo,

se encuentran con el vaquero / por el toro preguntaron...

(Romance cantado por Basilia Martín
Iglesias, del pueblo Cambrencino).

LA DONCELLA GUERRERA

—Sevilla la sevillana / siete hijos te dio Dios,
has tenido mala suerte / que ninguno fue varón.

Maldita seas por mujer / maldita de corazón;

siete partos que has tenido / ninguno ha sido varón

—La más pequeña de ellas / a su padre contestó.

—No le eche usted, mi padre / tan grande la maldición,
yo me iré a servir al rey / yo me iré a servir por vos.

—No vaigas, hija, no vaigas / que te van a conocer;
tienes la cara muy blanca / y dirán que eres mujer...

(Romance cantado por Hermenegildo
Conde Rey, de la aldea de Carabusino).

Apunte preliminar sobre la prehistoria de Las Hurdes

Con nuestro estudio de la prehistoria hurdana no pretendemos en ningún momento realizar una descripción y catalogación de todas las manifestaciones culturales que se localizan en la comarca de Las Hurdes. Únicamente vamos a centrarnos en dos categorías de manifestaciones que cuentan con gran importancia: las estelas rupestres y las estelas antropomorfas. Dicho estudio está basado en la bibliografía existente hasta la fecha. Fundamentalmente hemos de señalar el estudio de Sevillano San José (1991), González Cordero y Alvarado González (1992) en torno a los grabados rupestres, y en los trabajos de Bueno Ramírez (1984 y 1991), Sevillano San José (1991) y González Cordero y Alvarado González (1993) para el estudio de las estelas antropomorfas. A través del análisis de dichas manifestaciones culturales intentaremos sistematizar las investigaciones realizadas hasta el momento y conocer la vida económica y social del pueblo hurdano durante la prehistoria. Por tanto, a pesar de las numerosas manifestaciones que se documentan en dicha comarca de la prehistoria y protohistoria hurdana, nos centraremos en la realización del estudio de los grabados rupestres y de las estelas antropomorfas, no sólo porque son el conjunto hurdano más importante, sino porque pensamos, además, que dichas manifestaciones son las que mayor conocimiento nos aportan del pueblo hurdano durante la prehistoria.

Las Hurdes es una comarca al Norte de la provincia de Cáceres.

NOTA: Todos estos fragmentos son de romances que aún se conservan íntegros y se siguen cantando en el territorio hurdano.